

sendido. Nosotros no conocemos el miedo. Pero cuando tropezamos con un león, ó nos amenaza un tigre con sus garras, huimos no por cobardía sino por instinto de propia conservación.

—Creedme pues, cuando os digo que ese león ó tigre no está sediendo de sangre real.

—No de sangre, cierto, sí de rango real. Para ello no descuidará el vencimiento de todo obstáculo que pueda desviarle del camino del trono. ¿Creéis que el hombre que despues de la batalla de Abukir, hizo fusilar 5,000 prisioneros, dudaría quitarle la vida á un jóven indefenso como yo?

—Veo que conocéis al león; con todo, tranquilizaos, que no es mi ánimo delataros. Ya habrá ocasión en que yo le muestre á Bonaparte que no me duermo en las pajas, y como puede suceder que tenga que recurrir al engaño, á fin de salvar vuestra vida, le probaré que habeis muerto. Muchos jóvenes oficiales corrieron esa suerte en la batalla de Marengo; ¿por qué no había de ser uno de ellos el ayudante de campo del general Desaix? Sí, esto es lo mejor. Os daré por muerto en el hospital de Alejandria de resultas de la herida.

—Y de ese modo habré desaparecido dos veces del mundo de los vivos. ¿No es eso?

—Sí, Sire, para entrar en uno nuevo y con mayor esplendor.

—¿Quién sabe si tal puede ser el resultado? Porque cómo establecer mi identidad si muero y me entierran dos veces? ¿Cómo probar que no soy un impostor y que toda mi existencia no ha sido mas que una mentira? Al presente solo hay unos pocos que saben y creen en la fuga del Temple y en la existencia de Luis Carlos, si esos leen la certificación en que se les anuncia mi muerte despues de la batalla de Marengo, dudarán luego de mi existencia y por poco que cambie con los años, difícilmente me tendrán por el mismo hombre. Ninguno lleva impreso en la frente el sello de la majestad y la historia nos prueba que ha habido falsos pretendientes.

—Vuestros papeles están ahí para probar la verdad de vuestros asertos. Tenedlos, ya estais en edad en que podeis guardarlos y saber su valor. Vuestros fondos están depositados en el banco de Francia, con solo firmar vuestro nombre al pié de estos recibos talonarios os los entregarán á la medida de vuestros deseos.

—Con solo firmar mi nombre, repitió Luis con amargura. Pero ¿cuál es mi nombre, señor? Antes me llamaban sobrino de Kleber, luego coronel Luis, edecan del general Desaix. Pero bajo esta última denominacion no es posible que ya aparezca, si es que habeis de vencer al primer Cónsul de la muerte de ese sugeto. ¿Bajo qué nombre pues tiraré el dinero del banco?

—Teneis sobra de razon. Fuerza es daros un nombre, ó mas bien la máscara del nombre de un ciudadano ó noble, suministraros papeles que no pueden forjarse para probar vuestra existencia y amparar vuestra persona de todo ataque.

—Muy bien. Sed el padrino del solitario y sin nombre.

—Lo haré de mil amores. Arrastrado por las pasiones políticas alcé la voz contra la vida

de vuestro padre, justo es que ahora que domina en mi la razon alce la voz en favor de la vida del hijo. Jóven, os daré nombre y rango hasta que la nacion Francesa os devuelva los vuestros verdaderos. De aquí adelante os llamareis baron de Richemont. ¿Lo aceptais?

—Lo acepto. Ser baron de Richemont es mejor al ménos que morir y ser enterrado sin nombre.

Convenidos en esto, el jóven saludó á Fouché y fuese ni satisfecho ni descontento de la larga entrevista. Cuando el ministro de policía de Bonaparte dejó de oír sus pasos en la escalera, estalló en una ruidosa y mofadora carcajada.

—Necio muchacho! dijo. Supones que Dios solo sabe lo que saldrá de tu incógnito. Te equivocas, ademas de Dios, lo sabe Fouché. Si, ese incógnito te rodeará como una red, de cuyas mallas no podrás nunca escapar. No, el baron de Richemont jamas será transformado en Luis XVII. Contigo matará dos pájaros, es decir, aguaré dos ambiciones, la del Cónsul y la del Conde, ambos de los cuales aspiran al trono. Me servirán de instrumento para amenazar cuando me amenacen. Pobre, crédulo, muchacho! Con qué facilidad caes en la trampa! De ella no saldrá nunca el baron de Richemont. Yo, Fouché, te lo aseguro.

CAPITULO XXXI.

FOUCHÉ.

A paso largo se paseaba el primer Cónsul arriba y abajo de su gabinete. Le relampagueaban los ojos, y su semblante casi siempre impenetrable, como el de las estatuas de bronce de los emperadores Romanos, descubría la fiera impaciencia y fogosas pasiones que agitaban entónces su pecho. Sus labios apretados fuertemente, se abrían de cuando en cuando y articulaban una palabra de amenaza ó de colera, que lanzaba, como saetas envenenadas al hombre que, en actitud respetuosa y pálidas mejillas se hallaba de pié no lejos de la puerta, junto una mesa cubierta de papeles.

Este hombre era Fouché, jefe anteriormente de policía de París y ahora mero miembro del Senado de la república. Había ido á las Tullerías para rogar á Bonaparte le concediese una audiencia secreta, por lo mismo que había olvidado el prefiijo *primero* de su título consular, y ya reinaba supremo y solo en Francia.

De repente Bonaparte interrumpió sus paseos y se plantó delante de Fouché y le clavó la vista, cual si quisiera traspasarle el corazón con los ojos convertidos en dagas buidas. Pero el antiguo jefe de la policía no reparó en ello, dado que no alzó la vista del suelo, ni advirtió al parecer que tenia tan cerca al iracundo Cónsul.

—Fouché, le dijo con impetuosidad, os conozco y no me engañará ese aire de indiferencia que afectais. Ya sabreis que no os temo á vos, ni á todos los espíritus del otro mundo que traigais á este. Os figurais que me asustais, y lo que pretendéis es que os pague caro por el secreto. Os equivocais medio á medio. No hay visiones que me espanten, de consiguiente no daré un céntimo por la solucion de un enigma que espero resolver sin vuestra ayuda. Vendedor de secretos, ojo alerta! Te-

neis espías, yo tengo mi policía y estoy al corriente de todo cuanto ocurre. Se sabe, señor mio, que llevais correspondencia con gentes fuera del país, ¿lo entendeis? con gentes fuera del país.

—Cónsul, repuso Fouché sereno, ignoraba que la república prohibia á sus fieles servidores...

—No consentiré jamas la república, le interrumpió Bonaparte con voz tonante, que uno de sus servidores se cartee con sus enemigos. Callad! No hay que andarse con evasivas y circunloquios. Hablemos en plata. Os correspondéis con el conde de Provenza.

—Sabeis eso, Cónsul, porque he tenido el honor de entregaros una carta que el pretendiente me incluyó para vos.

—Carta ridicula y disparatada por cierto, carta en que ese tonto me pide le traiga á Francia, llevando su necesidad hasta decirme que deja á mi eleccion el puesto que he de ocupar en su gobierno. A fé, que un idiota no escribiría semejante papel. ¿El puesto que deseo ocupar en su gobierno! Bien, lo haré así; pero no quedará cerca de mí lugar para los Borbones, quienes ha escupido la Francia, lo mismo que se escupe el veneno mortal. Esa odiosa y débil familia, mientras yo viva al ménos, no volverá al poder. Francia le ha vuelto la espalda; la aborrece, está decidida á levantar un nuevo edificio de poder y gloria en el cual no hay cabida para ninguno de los Borbones. Tened esto presente, señor tramoyista, y no fabriqueis mas castillos en el aire. Exijo de vos una confesion completa ú os acuso como traidor y realista.

—Cónsul, no rechazaré la acusacion, estando persuadido que la Francia seguirá con interes el curso de un juicio que ha de rasgar el velo de un importante secreto, donde se verá, que el rey verdadero, segun la opinion del cónsul Bonaparte, no murió en el Temple á manos del caritativo Simon el zapatero remendon, sino que está vivo, y es, por consiguiente, el heredero legítimo de la corona. De seguro que eso daría gozo á los realistas.

—Yo trocaré en llanto y lamentos el júbilo de los tales realistas, exclamó Bonaparte en voz de trueno hiriendo el suelo con el pié repetidas veces y muy en jado. Enseñaré á todos los enemigos de la Francia que porto espada y que la emplearé lo mismo contra los de fuera que los de casa. Francia me ha dado esa espada y no la soltaré así viniesen á pedirmela los reyes de Europa de consuno con los Borbones que yacen en las bóvedas de San Dionisio. Soy, en suma, la espada viviente de la heroica Francia y no se inclinará jamas ante el cetro de un Borbon. Primero florece el báculo del peregrino en el desierto, que nazca el cetro de un Borbon de la espada de Bonaparte, llámese Luis XVII ó Luis XVIII. Tened tambien esto presente, Fouché, y no olvidéis que cuando yo digo, lo quiero, sé hacer que se cumpla mi voluntad, aun cuando ose oponerme el mundo entero.

—Lo sé, dijo Fouché con deferencia. Dios os ha concedido, para el bien de la Francia, una voluntad de hierro y un cerebro de fuego, destinándoos para llevar no solo laureles sino coronas.

Chispearon de nuevo los ojos del Cónsul, que

buscaron los de Fouché, como para leer en su pecho; pero este bajó los suyos, y no pareció notar nada, ni manifestó inquietud ó embarazo.

—Habeis hecho uso de una palabra impropia, le dijo Bonaparte tranquilo, yo soy el primer servidor de la república, en que no hay coronas.

—¿Ni cívicas, general? preguntó Fouché sonriendo á medias. Pues yo me referí á esta especie de coronas, las cuales son aceptables en todas partes. Ninguna cabeza la ha merecido mas que la del noble cónsul Bonaparte, quien ha hecho la Francia digna rival de su hermana los Estados Unidos del Norte América.

—Bien sabe Dios, replicó Bonaparte alzando la cabeza, que no ambiciono ser el Washington de Francia.

—Sin embargo, lo sois ya, general; añadió Fouché con sonrisa. Solo que el Washington de Francia no vive en la Casa Blanca edificada por la república, sino en el palacio de las Tullerías, que ha recibido como heredero de los reyes Franceses, por ser el mas digno, el mas grande y el mas poderoso de los llamados á la herencia. De ésta forma parte la corona de Francia, ¿por qué habríais de rehusarla si aceptais el resto?

—¿Qué diriais si os mostrase que no la quería? ¿Qué diriais si os observase que yo no me juzgo digno de aceptar á ojos cerrados la herencia de los Borbones? Seriais tan insensato y necio que creyeseis esa patraña?

—Cónsul, habeis hecho ya tantas cosas admirables, habeis reducido á la realidad tales encantos, que no juzgo nada imposible para vos, tan luego como poneis la mano encima.

—Esa es sin duda la razon porque teneis oculta la varita de un mágico. Os proponéis sacarla y presentármela, como se le presenta la cruz al diablo, así que llegue el momento decisivo.

—No os entiendo, Cónsul; contestó Fouché con el aire mas inocente del mundo.

—Bien, me explicaré. La varita del mágico á que me refiero y que suponeis oculta para mí, es Luis XVII. Ah! No sacadais esa cabeza de zorra, no lo negueis con los labios de seda, que ántes pronunciaron la sentencia de muerte de Luis XVI, y que hoy empleais en hacerle creer á un tonto, pretendiente por añadidura, que él es el hijo del rey asesinado. Verdaderamente, es cosa ridicula. El regicida quiere subsanar su culpa inventando una fábula y convirtiendo un maniquí en rey.

—General, no hay fábula ni maniquí, replicó Fouché en tono amenazador. Esta vivo el hijo del desventurado rey, y...

—O! le interrumpió Bonaparte con aire de triunfo, ¿luego confesais, luego revelais vuestro gran secreto? He arrojado de su cueva á la astuta zorra y ya puede empezar la caza. Os prometo que será muy animada y que no pararé hasta desollar la pieza, ó...

—¿Hasta que diga *pater peccavi*? preguntó Fouché con amable sonrisa.

—Hasta que me entregue el trampantojo que quiere usar como su *Deus ex machina*. Señor mio, de nada os vale empezar de nuevo el sistema de mentiras. La cólera os ha traicionado, por donde he conseguido atrapar la

zorra. Se os ha escapado la frase—Está vivo el hijo del rey. No podéis recogerla.

—No, no puede recogerse, dijo Fouché con un suspiro. Me he delatado yo mismo, ó por mejor decir, me han atrapado. En todo sois vos el héroe y el maestro, así en astucia como en valentía y discreción. Ante vos inclino la cabeza como ante el genio que Dios envía á la tierra para convertir el caos en orden; me inclino como ante mi señor y amo; y en vez de oponerme á vuestros planes, de aquí adelante me contentaré con ser vuestro instrumento, si me aceptáis como tal.

—O lo que es lo mismo, Fouché, con tal que yo acepte vuestras condiciones. Muy bien. Manifestadlas. Fuera rodeos. ¿Qué demandáis?

—Cónsul, á fin de que nos entendamos, fuerza es que seamos francos y abiertos. ¿Me permitís ser franco con vos?

—Ciertamente. Hablad.

—Cónsul, me habeis arrimado á un lado, ya no teneis confianza en mí; porque es una y otra cosa, quitarme el Ministerio de la Policía y dársele á mi enemigo Regnier. Esto me ha causado sentimiento, fuera de que me ha hecho daño, siendo así que me califica ante el mundo de hombre inútil, de quien se reserva Bonaparte. Han creído vuestros enemigos que cede en ventaja de ellos, mi lejanía de vos, y del resentido Jefe de Policía podrán sacar un nuevo adversario de Bonaparte. A mí se han acercado conspiradores de todas clases, emisarios del conde de Provenza, diputados de los realistas en la Vendée, y hasta espías de los furiosos republicanos, los cuales os odian tanto como aquellos, porque nunca os perdonarán el haberos puesto vos mismo á la cabeza de la república y asumido los aires de amo. Pues todos esos me han hecho proposiciones, cada cual ha solicitado que me una á su partido. A todos he prestado oído, he tomado nota de sus planes, y á la hora presente soy el aliado de la república y de la monarquía.

—¿Ah! os ruego, general, que me escuchéis en paciencia hasta el fin, continuó diciendo Fouché, pues que Bonaparte hizo un movimiento como de quien quería hablar. No me interrumpais, si os place, hasta que yo os haya referido mi historia por completo. Aquí me veis medido hasta las barbas en tres diferentes conjuraciones, en la de los republicanos que os odian como el tirano de la república y en la de los realistas, que quieren poner en el trono al conde de Provenza; por último, en la de los que llamaremos genuinos Capetistas, que pretenden hacer Luis XVII al huérfano del Temple. Para las tres el cónsul Bonaparte es un obstáculo que creen necesario destruir. Aquel partido que consiga mataros primero, ese está seguro de subir al poder. Así al menos lo han acordado los tres unidos. Despues se someterá al sufragio popular la cuestión de república ó reino.

—Bien, dijo Bonaparte con la mayor calma é imperturbabilidad, ¿por qué parais? No os he interrumpido. Proseguid.

—Prosigo. Si me he hecho miembro de las tres conjuraciones es para conocer mejor sus caudillos y sus planes respectivos. Esto me facilita sembrar la discordia y la enemistad entre los partidos. El de los realistas ya está roto, con solo haber mostrado yo simpatías por

los secuaces de Luis XVII. Muchos de los importantes del conde de Provenza, he logrado enagenárselos, y aun ciertos de los cabecillas, que habian venido á París para abogar por Luis XVIII, recientemente se han pasado al partido de su sobrino.

—Eso no es verdad, gritó Bonaparte con vehemencia. Me estais contando cuentos de viejas, con que puede asustarse á los niños, no á los hombres. No hay tales reuniones secretas en París, ni calabazas.

—General, si vuestro ministro Regnier os ha dicho eso, claro es que no sirve para el puesto que desempeña, ni conoce por asomos lo que se trae entre manos. Os repito que hay en París mas de una sociedad secreta y que debo saberlo porque soy miembro de cuatro diferentes.

—¿Ah! Señor mio! exclamó con aire de burla Bonaparte. Habeis perdido el seso. Aítes dijisteis que eran tres las conjuraciones, ahora resulta que son cuatro.

—Hablo de las sociedades secretas, pues toda sociedad secreta no puede llamarse conjuración. No hay contradicción en mis palabras.

—¿Cuál es, pues, el nombre de esa cuarta sociedad ó conjuración?

—A satisfacer voy vuestra curiosidad, general. La cuarta se titula Bonapartista, ó, permitidme que me acerque un poco mas, cosa que no lo oigan las paredes de este palacio,—Imperialistas.

Dió Bonaparte un paso atrás y de pronto se le encendieron las mejillas.

—¿Qué queréis decir?

—Lo mismo que he dicho, mi general. Vuestra frente no se ha hecho para llevar laureles solamente, tambien para llevar una corona real. De manera que solo existe un medio para desbaratar las tres conjuraciones, este es el que propone la cuarta sociedad secreta. A fin de hacer abortar los planes de los republicanos y realistas, Francia necesita un emperador.

—¿Y queréis hacer emperador de Francia á vuestro maniquí, la sombra de Luis XVII?

—No, general, respondió Fouché con seriedad. Lo que yo quiero es hacer al cónsul Bonaparte emperador de los Franceses.

Tembló el Cónsul, sus ojos relampaguearon y registraron todos los rincones del gabinete que ántes habia ocupado Luis XVI, cual si quisiera convencerse que nadie habia escuchado palabra tan peligrosa.

Signióse una pausa, pausa larga y solemne. Al cabo Bonaparte alzó los ojos, que los habia fijado en el suelo, y parecían llenos de la luz del sol.

—¿Es numerosa vuestra cuarta sociedad secreta? preguntó con aquella mágica sonrisa que ganaba todos los corazones.

—Comprende artistas, poetas, gentes de letras, sobre todo y especialmente, oficiales y generales. Se engruesa de día en día, y como por fortuna fui depuesto del empleo de ministro de la Policía, para ser creado miembro del senado de la república, en este puesto he podido ganar á la sociedad imperialista muchos miembros influyentes. Si un éxito feliz corona mis esfuerzos, la sociedad dejará de ser secreta, pues será seguro que el senado se dirigirá á vos directamente con una petición en que os ruegue pongais fin á todas las conspiraciones é

intrigas, colocándoos á la cabeza de la Francia y aceptando la corona imperial que os ofrece. Pero....

—Entiendo vuestro pero, Fouché; le interrumpió Bonaparte. Queréis poner condiciones. No cae directamente del cielo en la cabeza de ningún hombre una corona imperial. Es preciso que haya manos que la reciban, pudiendo suceder que con el peso de la caída lleven mas ó ménos lastimaduras. Ha de pagárseles por su heroísmo. Supongamos pues, que doy crédito á todos vuestros cuentos, hasta ese del imperio futuro, decidme ahora ¿qué queréis?

—Si yo os mostrase, general, con hechos, no con palabras meramente, que pululan las conspiraciones en el país, que el cáncer de las sociedades secretas roe sus entrañas y pone en peligro sus instituciones; confesaréis que soy mejor cabeza para dirigir los negocios de la policía que el señor Regnier de Angely, el cual insiste y se atreve á decirnos que no hay tales carneros en Francia?

—Probadme con hechos lo que aseverais, Fouché, y desde luego os doy la facultad para destruir las cabezas de la hidra. Las pruebas y seréis otra vez el jefe de la Policía.

—Las tendreis, general, hoy mismo, al punto, con tal que nos pongamos perfectamente de acuerdo. Soy ambicioso, lo confieso, y no quiero quedarme á la luna de Valencia, como sucedería, si me retiraran su confianza mis enemigos. Ahora soy al ménos miembro del senado, pero si este se disuelve y luego me relieván del cargo de jefe de la Policía, vendré á ser Fouché á secas, Fouché jubilado.

—No hay tal, dijo Bonaparte sonriendo. Cuando no seais senador, ni jefe de la Policía, seréis el regicida Fouché. ¿Qué mejor título para un republicano?

—¿Ah! general! veo que me entendéis. Y ya que hablamos de nombre, posición y título para mí, me parece que si se restablece el trono en las Tullerías será preciso tener de nuevo córte, órdenes, títulos, dignidades.

—Por supuesto, repuso Bonaparte pensativo. El mundo no podrá ménos de revolver en el mismo círculo de locuras y vanidades. Si aparece que se desvía un poco, vuelve á él con doble fuerza. Los hombres no son mas que otros tantos actores, á todos les gustan los oropeles, porque así creen que desempeñan el primer papel y que la historia registrará sus nombres en páginas diamantinas. Ahora bien, Fouché, ¿cómo le petaria mas que os llamasen en caso de que se pusiese en escena un drama imperial?

—No me sonaria mal el dictado de príncipe ó duque, Sire.

Apénas pudo reprimir Bonaparte la sonrisa de satisfacción que iluminó su rostro. Aquella era la primera vez que le daban el tratamiento de rey ó emperador y el Sire que Fouché le infiltró en el oído, fué un veneno sutil, que halagó sus aspiraciones y le ablandó como deliciosa música. Pero esto fué una impresión pasajera, cuyas huellas borró pronto la fuerza de su carácter firme, y rompió en una carcajada.

—Confesad, Fouché, dijo, que es chistoso oír al Cónsul hablando con un Senador de la república sobre imperio y títulos de nobleza. En verdad, que si oyeseis estas cosas los republi-

canos puros de vuestra conjuración primera, tendrían sobrada razón de acusarnos como traidores y conspiradores.

—Por eso soy de parecer que nos adelantemos á ellos y los acusemos.

—Cuando tengamos datos seguros de que partir.

Datos? Os los daré, cónsul Bonaparte, tan luego como el futuro emperador me asegure un título de nobleza con el cargo de jefe de la policía.

—Muy bien, dijo Bonaparte sonriendo, os promete el futuro emperador que tan luego como pueda confeccionar una hornada de esos platos sabrosos, pondrá su jefe de Policía en el horno y lo sacará príncipe ó duque hecho y derecho. Os da su palabra el futuro emperador que así lo hará mal que le pese al mundo. ¿Estais satisfecho milord demócrata?

—Sire, muy satisfecho; dijo Fouché haciendo una reverencia.

—Hablemos ahora seriamente, prosigió Bonaparte cambiando de tono. Habeis hablado de conspiraciones, afirmas que existen. No olvidéis que me habeis prometido pruebas tangibles; ¿lo oís? pruebas tangibles. Esto es, no basta que yo vea papeles, listas de nombres de conspiradores que se han escapado al extranjero; quiero ver personas, hombres de carne y hueso, traidores que puedan colgarse no en effigie, sino en realidad, cuyo castigo sirva de escarmiento á toda la caterva. Estoy cansado de las perpetuas amenazas de los traidores, de los puñales envenenados, de las escopetas de viento, de las tramas é intrigas de todas clases. Tiempo es ya de hacer un escarmiento con los cabecillas que vienen aquí de Inglaterra, Alemania, Rusia é Italia. Harto he ilustrado el proverbio antiguo, que enseña, matar al ratero y dejar correr el ladrón. Es mi propósito coger al bandido principal y colgarle muy alto por el pescuezo. He aquí el único medio de intimidar la jauría é imponerle respeto.

—Sire, os entregaré los grandes ladrones; dijo Fouché sonriendo.

—Entregádmelos y os aseguro que no harán otra. Tiempo es sobrado de hacer un ejemplar y de probarle al mundo que sé donde me aprieta el zapato. El conde de Provenza y el duque de Enghien no cesan de tramar contra mí, con el deliberado objeto de quitarme de en medio. Pero hasta ahora no han presentado el cuerpo ni ellos ni sus principales secuaces. Como urden sus tramas siempre á buena distancia, nada arriesgan; así es, que si pillamos alguno de sus instrumentos y lo castigamos como merece, ellos no tienen mas trabajo que gritar contra nuestra barbarie y nuestra crueldad y persuadir al mundo que sé donde me aprieta el zapato. El conde de Provenza que no tendrían el menor escrúpulo en derramar mi sangre. ¿Por qué habia de tenerlo yo de derramar la suya? Sangre por sangre, diente por diente, tal es la ley natural é inevitable de la represalia. ¡Ay! del que apela á ella. Los Borbones son los que hacen uso de semejante ley. Y ved, yo nunca les he hecho daño personalmente. Una gran nación me ha puesto á su cabeza; mi sangre es tan buena como la de ellos y ya llegará la ocasión en que se los

pruebe de manera que no les deje pizca de duda. No quiero servir por mas tiempo de blanco de sus tiros, ni me contentaré con coger un puñal en vez de las manos que lo manejan. Tan luego como asegure estas, desaparecerán los puñales para siempre.

—Pues yo os entregaré esas manos, y si no, algunos dedos de ellas.

—Necesito todo, gritó Bonaparte; dedos, manos, brazos. Habéis hablado de tres diferentes conjuraciones. Haber los cabezas de ellas, los otros pueden tomar las de Villadiego si les place; porque cuando se le quitan a la hidra tres de sus cabezas, fuerza es que muera al fin. Así pues, los cabezas y la cosa es hecha. Conozco el cabeza motin de la conjuración número dos, no es otro que el conde de Provenza. Es la astuta araña que se retira tras la tela con cualesquiera ocasion, pero conozco tambien el brazo que esa cabeza pone en movimiento; y no es otro que el duque de Enghien. Es conspirador incansable, siempre ocupado en fabricar máquinas infernales y aguzar puñales contra mí. Ah! Que ande con cuidado el ducito, porque si le pesco, de seguro que empiezo a ejercer en él el derecho de represalia, estando como estoy resuelto á que haya paz. Ahora venimos á vuestra conjuración número tres, á vuestro *Deus ex machina*, el llamado Luis XVII. ¿Existe en realidad?

—Existe, general.

—Ya he oído el cuento ese, dijo Bonaparte riendo de ganas, zunque su risa sonaba como una amenaza. Lo creia el cándido de Kleber, y después de su muerte recibí un papel suyo, en que me manifestaba su supuesto sobrino Luis era el heredero del reino de Francia y me rogaba encarecidamente le tomase bajo mi protección. Mandé hacer investigaciones. Fué despues de la batalla de Marengo y ese tal Monsieur Luis, era hasta entónces, ayudante del general Desaix.

—Sí, general, su ayudante hasta la batalla de Marengo, quiero decir, hasta la muerte de Desaix.

—Sí no me equivoco, fué herido en la batalla y quedó en el hospital en Alejandría.

—Así es, general. Me admira lo bien informado que estais respecto á la suerte de ese jóven.

—Desde ese tiempo toda huella suya se ha perdido y han resultado inútiles mis pesquisas. El ayudante de Desaix que peleó con tanta valentía y que sacó á mi moribundo camarada del campo de batalla, merecía promocion, deseaba promoverle, y le solicité, aunque en vano. Le creia muerto y hé aqui que venis vos y me contais que hay una conspiracion en favor de Luis XVII. Así pues, ese jóven pretendiente vive todavia, y existen almas candidas que creen en su historia. ¿No es eso?

—General, él habla poco, porque es muy callado y reservado, pero tiene testimonios que hablan por él, y que muestran que su relacion no es un cuento ocioso, sino un fragmento de la historia verdadera. Sus papeles dan prueba clara é innegable de su descendencia y de la carrera de su vida.

—Me alegraría ver esos papeles.

—El no los sueita jamas, como que sabe muy

bien que son sus credenciales para reclamar una corona.

—Entónces traedme el hombre y con eso tendré sus papeles, dijo Bonaparte con un bramido como el de un leon. ¿No es él el cabeza de la conspiracion?

—Sí, general, el cabeza de la que yo mismo he guiado, porque aspiraba á tener en mi mano todos los cabos. A fin de tentar á los realistas y reconocerlos, les arrojé esa carnada y es increíble el número de los que han tragado el anzuelo y pasádose al jóven rey. De esta manera logré sembrar la division en las filas de los realistas, cuyas consecuencias ya toca el conde de Provenza. A la hora de esta no tiene el huérfano del Temple enemigo mas acérrimo que ese.

—Pero la enemistad del conde se desvanece como la luz de una luciérnaga en la oscuridad. Quiero pruebas tangibles con las cuales pueda yo prender á mis enemigos. ¿Podeis dárme las?

—No es difícil, general. Ya volverémos á eso. Permittedme una palabra mas acerca del peligroso ayudante de Desaix, el coronel Luis. Decis que habeis hecho inútiles pesquisas para averiguar su paradero. Esas pesquisas se hicieron en tiempo en que Regnier de Angely era jefe de la Policia, habiendo mis enemigos conseguido enagenarme la confianza del primer Cónsul. Pero á haber sido yo entónces el jefe de la Policia, hubiera podido decirnos que el jóven que solicitábais y respecto del cual no teniais noticia, vivia aqui en París.

—¿Qué! exclamó Bonaparte asombrado. ¿El llamado Luis XVII aqui, en París?

—Sí, aqui, en París, general, donde aun vive. Ya hace cuatro años poco mas ó ménos que no sale de esta ciudad, esto es, el mismo tiempo que hace el señor Regnier desempeña el cargo de jefe de Policia.

—Y nada de eso me ha dicho Regnier! Ni sabia que moraba en París individuo tan peligroso!

—El señor Regnier, dijo Fouché encogiéndose de hombros, que duda de la existencia de sociedades secretas y conspiradores en Francia, y que os dice que los asesinos que últimamente y tan amenudo han puesto vuestra vida en peligro, han sido despachados de fuera por los pretendientes á la corona, el señor Regnier no podía saber palabra por supuesto de lo que pasaba en casa. No sucede lo mismo conmigo. Yo conozco á todos esos pájaros, y por mi honor, general, que es cierto lo que os refiero acerca del supuesto sobrino de Kleber. Vive en París y respira el mismo aire que nosotros respiramos. A poco de su llegada vino á verme y le entregué los papeles y documentos que me habia dejado Desaix y que habia jurado entregárselos religiosamente á su ayudante Luis. Franqueóse el jóven conmigo y gané su cariño así que le hablé en tono de sentimiento y de entusiasmo acerca de su padre y de su madre, mucho mas cuando le di el tratamiento de majestad. Me abrió su pecho, me dijo que era Luis XVII, y me pidió consejo y ayuda. Le prometí ambos y me le mostré en todo respetuoso y amable. Lo primero que le aconsejé fué que viviera incógnito bajo un nombre supuesto, y para facilitarle esto, le indiqué el que debia asumir, habiendo preparado los docu-

mentos necesarios, fé de nacimiento, de bautismo, del casamiento de sus padres y hasta de sus parientes mas cercanos, en una palabra, le formé un árbol genealógico completo.

—Por decontado que todos esos documentos son falsos, forjados; no es así? dijo el Cónsul asombrado.

—No faltan en Francia empleados que se prestan á todo, replicó Fouché con sonrisa maliciosa. No me contenté con buscar los papeles que aseguraban á mi protegido nombre honroso, posicion social respetable, y vida holgada; hice mas por él. Busqué una certificacion de la muerte de Luis, porque para protegerle de todo mal le dije que debia pasar por muerto como ayudante del general Desaix. Aprobó esta resolucion mia, y no me costó mucho trabajo conseguir una certificacion en debida forma, donde se prueba que el tal coronel Luis murió en el hospital de Alejandría de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Marengo.

—Santo Dios! exclamó Bonaparte. Es de comprarse y venderse todo en esta vida?

—Sí, general, todo, lealtad y amor, vida y muerte. Con el oro he hecho morir al hijo del rey de Francia y con oro le he vuelto la vida. Pero, cuando llegó la certificacion, mi posicion habia cambiado. Ya no era yo jefe de Policia sino Regnier. Guardé la certificacion, y á fin de prevenir lo que pudiera sucederle á mi protegido en caso de mi muerte, le escribí participándole el feliz arreglo hecho y que podia vivir sin recelo en París bajo el nombre supuesto. Dicha carta la firmé con mi nombre y apellido y la sellé con mi sello, para que tuviese toda la autenticidad posible en caso necesario.

—Fouché, sois un zorro completo, dijo Bonaparte riendo. Mas fácil es escapar de una bala de cañon, que de vuestras redes. Puede decirse de vos, lo que decia el rey de Prusia, — Dios me libre de mis amigos, que de mis enemigos me libraré yo. Según esto, por pura amistad habeis hecho que muera y resucite el coronel Luis.

—Sí, general, así es. El tal coronel, ó lo que es lo mismo, el rey legítimo, Luis XVII, es un instrumento en mis manos de que hago uso para mantener en respeto todos los partidos y que á voluntad puedo poner en juego ó reservarle. Ahora no solo me ocupo de sembrar la desunion y las rencillas en el campo realista, sino de convertir al partido del jóven é infortunado rey cuanto republicano de corazon blando se pueda.

—Y despues, dijo Bonaparte en tono grave, hareis uso de dicho instrumento para intimidar el cuarto partido de que habeis hablado,—el Bonapartista. Pero os habeis equivocado, Fouché. No habeis contado con la huésped. Vuestra misma astucia os ha deslumbrado. No me aterrizas á si sucediera que la nacion Francesa mañana ú otro dia me ofreciese una corona imperial, la aceptaba con una mano y con la otra acogotaba á cuantos rebeldes y pretendientes se presentaban en mi camino. De un solo golpe los aplastaría á todos. No quiero partidos, fuera facciones políticas, necesito reducir al silencio á todas esas lenguas viperinas. No habrá mas sociedades secretas en Francia, ántes descargaré todo el peso de la ley, sobre la cabeza de todo conspirador, sea

cual fuere su nombre y posicion. Así pues, Fouché, cuando con vuestro auxilio pueda yo acabar con todos los partidos, los conspiradores, los pretendientes y las sociedades secretas, entónces sereis mi jefe de Policia y el futuro emperador os conceleirá el título de duque.

—General, pues en vuestra palabra confio para ser una cosa y otra. Acabaremos con todas las conspiraciones.

—Y tambien con *monsieur* Luis, añadió Bonaparte con vehemencia. Es figura esa molesta y desagradable. Mientras respire vivirá en el armión del manto imperial como una polla fastidiosa, que siempre roe y escuece. No hay que tolerar semejante insecto en la ropa, es preciso acabar con él de una vez para siempre. Me prometo que se ha metido en la trama hasta las cachas y que no saldrá de ella con el pellejo sano.

—Ya os he dicho, mi general, que sus partidarios, en una reunion secreta que tuvieron ántes de ayer, le saludaron como su rey. Cierto es, sin embargo, que el pobre mozo se resistió cuanto pudo, mas el hecho queda en su punto.

—Y fundado en ese hecho, es preciso prenderle, dijo Bonaparte con voz amenazadora. Debe hacerse un señalado ejemplar y el tal Luis es la persona mas á propósito. Tiene que servir de víctima por todos los demas. ¿No es la cabeza de la conspiracion? Pues abajo esa cabeza, y los miembros caen por sí mismos. Fuera de las almas pacatas que se pieren por las consejas y creen en brujas, nadie llorará su muerte; al paso que servirá de escarmiento á toda la caterva de conspiradores. Al avio, Fouché, poned en juego todas vuestras artes y acabemos con las conspiraciones.

—Solo se necesita una cosa, general, que se me haga jefe de la Policia, á fin de que mis artes sean eficaces.

—Pero ya os he dicho, que os nombraré ministro tan luego como me deis pruebas incontrovertibles de que las tales conspiraciones no son la obra de vuestra fantasia.

—Muy bien, general, ya que tratamos de una, voy á daros las pruebas. Os he dicho que los realistas y los republicanos se han puesto de acuerdo para quitaros la vida. Pues han elegido á la suerte cincuenta hombres fuera del territorio Frances, que vendrán á París para llenar su cometido, es decir, ya han llegado, y sus caudillos han tenido ayer mismo una entrevista con los jefes de las conspiraciones en esta capital.

—Fouché, exclamó Bonaparte, medita bien lo que decis, porque en ello os va la cabeza. Pagareis con ella, si los cincuenta asesinos resultan ser creaturas de vuestra propia imaginacion.

—Esos cincuenta hombres estan en París desde ántes de ayer, continuó Fouché sereno. Han venido por diferentes caminos, en son de simples viajeros y ayer tuvieron su primera entrevista con el jefe del partido republicano.

—¿Quién es ese jefe? Nombradlo, ú os diré que mentis y que sois un impostor.

—El tal jefe, dijo Fouché despacio y como cantando sus palabras, no es otro que el general Moreau.

Dió un grito apagado Bonaparte y una palidez de ceniza cubrió sus antes animadas mejillas; apretó los labios y despidieron sus ojos tales llamaradas que hasta Fouché bajó los suyos acobardado.

—Moreau, murmuró despues de una larga pausa, ¿Moreau conspirador, traidor? Moreau en alianza con los asesinos que los realistas han enviado contra mí? Sabia muy bien que era mi enemigo, pero no imaginé que su enemistad le condujese al asesinato.

Se paseó arriba y abajo del cuarto muy agitado y con las manos enlazadas á la espalda, de repente se detuvo delante de Fouché y le miró á la cara fijamente.

—Fouché, ¿sostenéis que Moreau es conspirador?

—Lo sostengo, mi general.

—Sostenéis que los cincuenta conjurados estan aquí, en París?

—Tambien lo sostengo. Mas, afirmo que Georges y Pichegru son los cabezas motin.

—Fouché, volvió á exclamar Bonaparte en tono amenazador y colérico, tan cierto como hay un Dios en los cielos, que os ahorco si habeis mentido.

—General, por Dios vivo, os repito que digo verdad. He venido aquí para mostraros quién soy yo y quién es Regnier. He aguardado hasta que la trama estuviere bien urdida y completa; y ya ha llegado la hora de que hable, y os advierta que tomeis vuestras medidas porque el peligro arrecia.

Temblando de la emocion Bonaparte se habla echado en una silla de brazos, y, como era su costumbre en momentos de irritacion, tomó de su escritorio una corta-plumas y empezó á picar el respaldo del asiento.

Fouché, recostado contra la pared, miraba con calma y ligera sonrisa la peregrina ocupacion del general. De pronto se abrió la puerta del gabinete y se presentó á ella el mameluko Roustam.

—Cónsul, dijo en tono suave, aquí está el consejero Real y solicita una audiencia.

Levantóse Bonaparte, arrojó el corta-plumas en el escritorio y gritó, —Real.

El hombre así nombrado no tardó en presentarse á la puerta. Era alto, de aspecto grave y traía el semblante demudado, que á pesar de su agitacion, lo notó Bonaparte.

—¿Qué ocurre, Real? le preguntó. ¿Habeis hablado con el reo?

—Sí, general.

—Y es lo que he dicho ¿cierto? El tal doctor Querolle ha pretendido hacer grandes revelaciones con el mero objeto de ganar tiempo y ver si prolonga su vida unas pocas horas. Ha envenenado á la mujer, para casarse con la querida, y es fuerza que muera el envenenador.

—General, exclamó Fouché en el colmo de la alegría, conozco á Querolle y sé que su esposa se envenenó. Querolle no es envenenador.

—¿Pues qué es, señor omnisciente?

—Mi general, él es otro conspirador.

—Conspirador! repitió Bonaparte volviendo el rostro hácia el consejero. Real, ¿qué sabeis? ¿Qué os ha dicho el reo?

—Cónsul, me juró que era inocente de la muerte de su esposa, al paso que se confesó miembro de una conspiracion tramada para

matar al general Bonaparte. Asegura que se han ligado los realistas y los republicanos; que cincuenta emisarios del conde de Provenza y del duque de Enghien, á la cabeza de los cuales se hallan Pichegru y Georges, se habian introducido en París; que tuvieron ayer una entrevista con el general Moreau, y con el llamado rey Luis XVII, que vive aquí oculto, y que ahora mismo esos cincuenta asesinos rodean las calles y acechan las Tullerías esperando la oportunidad de matar al primer Cónsul.

Bonaparte pasó los ojos poco á poco de la cara pálida del consejero Real á la serena y sagaz de Fouché, quien se guardó muy bien de dar muestras de triunfo y satisfaccion. Luego el Cónsul se encaminó despacio hácia la puerta que comunicaba con la antesala, donde se reunian á aquella hora todas las autoridades y empleados de la república para recibir órdenes, y la abrió con la punta del pié.

—Murat! gritó él, y al punto se presentó el general de este nombre que era á la sazón gobernador de París. Murat! añadió en el tono de mando que usaba en el campo de batalla, dad órdenes para que se cierren desde luego las puertas de París y que no se permita salir á ningun extranjero hasta nueva disposicion. Dentro de una hora estareis de vuelta para recibir una proclama á las tropas, que firmareis, imprimireis y hareis fijar en todas las esquinas de la capital. Despachad.

Salió Murat del gabinete saludando respetuosamente y entónces la voz dominadora de Bonaparte llamó á su primer ayudante de campo, que se hallaba en la misma antesala.

—Duroc, le dijo con voz serena, casi solemne, ireis ahora mismo con una media compañía de soldados y prendereis al general Moreau, donde quiera que se encuentre.

Palideció el noble y abierto semblante de Duroc y no pudo ocultar la impresion de horror y asombro que le habia causado aquella orden.

—General, dijo titubeante, os ruego que...

—No hay que replicarme, estalló Bonaparte interrumpiendo á su favorito. Vuestro deber es la obediencia. Ni una palabra mas. Real, agregó luego que Duroc se retiró pálido y agitado, Real, tornad á la prision del reo, llevadle el perdon y tráigale aquí, que quiero oirlo. Pronto.

Retiróse Real y Bonaparte y Fouché quedaron solos.

—Habeis dado las pruebas, dijo el primero al segundo, y ahora os creo. Cuando se trata de perseguir lobos, sois un buen sabueso. Así principiaremos la caza. Desde este momento sois jefe de policia secreta. Vuestro deber primero será desenredar esta maraña. En recompensa os nombraré otra vez ministro de policia.* Tan pronto como me cumplais vuestras promesas os cumpliré yo las mias; es decir cuando hayais puesto en mis manos la persona de los principales conspiradores.

—Ya teneis la del general Moreau, replicó Fouché. Os prometo que dentro de pocas horas tendreis las de Pichegru y Georges.

—Pero veo que olvidais la del mayor conspirador, dijo Bonaparte por cuya frente de bron-

* El nombramiento de Fouché tuvo lugar en junio de 1804.

re pareció pasar una nube oscura. Olvidais la efigie de la enterrada monarquía, el rey fantasma Luis XVII. Silencio! Os digo que necesito este hombre. Arrancaré los colmillos de esa víbora real, cosa que no muerta mas. Traed el hombre á mi presencia. La república es una diosa airada y pide ofrendas reales. El impostor, Fouché, ó no respondo de lo que suceda. Marchad; os aconsejo que no os detengais. Necesito saber que está preso ese rey fabuloso ántes que se ponga el sol, de lo contrario juro que se pondrá para siempre el sol de vuestra existencia. Partid. Salid por el corredor estrecho y luego por la puerta secreta. Conoceis el camino. Idos.

No se atrevió Fouché á contradecir órden tan imperativa. Se encaminó sin ruido, aunque de prisa, á la cortina de la salita oscura y de allí á la puerta que daba al corredor estrecho y que solo sabian abrir los iniciados.

Pero no bien penetró en el cuarto oscuro, cuando sintió que una mano le echaba garra por el brazo, á tiempo que una voz de mujer le decía:

—Debo hablaros desde luego. Venid por aquí.

La mano de la desconocida le condujo derecho á la pared, tocó un resorte y sin el menor ruido se abrió una puerta. La misma voz añadió:

—Cuatro escalones abajo. Con cuidado.

CAPITULO XXXII.

JOSEFINA.

No dudó Fouché en seguir á su guia por la escalerita abajo, á lo largo de un oscuro corredor, y luego escaleras arriba. Habia reconocido la voz y sabia que su conductora no era otra que Josefina, la esposa del primer cónsul.

A traves de la puerta secreta en el extremo del corredor, penetraron en una sala pequeña y lúgubre, exactamente igual á la inmediata al gabinete del cónsul, desde donde Josefina hizo pasar á Fouché al suyo.

—No direis palabra á Bonaparte, Fouché, acerca de este pasaje secreto, dijo Josefina en tono suave y casi suplicante. El no lo sabe. Le hice abrir sin su conocimiento cuando estaba en Bolonia el año pasado. ¿Jurais que no lo revelareis?

—Lo juro, madama.

Dios sabe que no lo mandé abrir por mera curiosidad de entreoir á Bonaparte, continuó Josefina. Pero á veces es necesario que yo averigüe lo que pasa y que cuando el general se encoleriza me apresure á calmarle y á divertir su ira. De este modo he podido evitar muchas calamidades. ¿Pero qué es lo que me he visto compellida á escuchar hoy? ¡Oh! Fué Dios mismo quien me compelió á escuchar! Estaba con él cuando os anunciaron y sospeché que vuestra visita encerraba algo desusado, algo terrible. Todo lo he oido, Fouché, no os digo mas. Sé que su vida está amenazada, que cincuenta puñales estan levantados contra él. ¡Ah! Dios mio, este perpetuo temor y esta ansiedad van á matarme. Ya no hay paz, ni descanso para mí. Desde el dia aciago en que dejamos nuestra casita para vivir en las Tullerías, se acabaron mis gozos. ¿Por qué nos mudamos? Por

qué no nos quedamos en el pequeño Luxemburgo? Por qué cedimos y lo trocamos por el palacio de los reyes?

—Es propio que el hombre mas grande de la Francia viva en la casa donde moró la extinguida raza de los reyes, contestó Fouché.

—Ya, dijo Josefina suspirando. Conozco las tretas de que os valeis para trastornar la cabeza de mi pobre Bonaparte. Si, vos, vos, su adulador, su tentador, sereis el culpado si nos suceden desgracias. Le habeis adormecido, no lo negueis, con el incienso de la adulacion. Diariamente infiltrais en sus venas el veneno que ha de acabar con nuestra paz y felicidad. Ah! Mi Bonaparte era tan bueno, tan vivaz, tan feliz! Estaba contento con los laureles que la victoria habia tejido en su frente; pero os habeis propuesto persuadirle que una corona realzaria la gracia de esos laureles. Halagais su ambicion, y lo que dormia tranquilamente en el fondo de su pecho y yo habia logrado reprimir á fuerza de besos y de caricias, vos no perdonais medio ni ocasion de hacerlo brotar: su vanidad, su amor del poder. Oh! Fouché, sois malo, cruel, despiadado. Os odio, os aborrezco á vosotros todos, porque sois los asesinos de mi Bonaparte.

Todo esto lo dijo en voz suave, sin tomar aliento, con las lágrimas corriendo hilo á hilo por sus hermosas mejillas y tembándole todo el cuerpo de la emocion. Luego, agobiada, se dejó caer en un sofá y con ambas manos, chispeantes con las piedras preciosas se cubrió los ojos.

—Madama, repuso Fouché tranquilo, sois injusta. Si habeis escuchado mi conversacion con el primer Cónsul, sabeis que el objeto primordial de mi venida fué poner á salvo su preciosa existencia, de las asechanzas de sus enemigos.

—Í de paso, verter en su pecho el veneno de una futura corona imperial; dijo Josefina con indignacion. Ah! Lo sé. Le empujais allá hablándole de conspiraciones y de puñales alzados sobre su cabeza. Quereis que sea emperador, con tal de que os haga principe á duque. Lo veo todo, mas no puedo impedirlo, porque él ya no escucha la voz de su Josefina, sino la de sus aduladores. Se pondrá una corona imperial y nuestra desgracia será completa. Lo sé. Esa corona nos arruinará. Cuando joven me predijeron que yo seria emperatriz, añadiendo que no seria por largo tiempo. Y sin embargo, me alegraria vivir y ser feliz todavía.

—Y lo sereis, señora, repuso Fouché sonriendo. Siempre es bueno llevar una corona imperial y vuestra hermosa cabeza es digna de una.

—No, no, gritó ella enojada. No venga á tentarme con sus adulaciones. No deseo corona de ninguna clase, estoy satisfecha con la corona de amor de mi marido. Las testas coronadas que han habitado en este palacio, una tras otra han caido en la sima de la destruccion, trocándose en lágrimas las perlas de sus diademas. ¿Pero de qué vale que yo os diga todo esto? Es en vano. No os traje aquí para hablaros de eso. Fué para cosa muy diferente. Escuchad, Fouché, no puedo impedir que Bonaparte se haga emperador, pero si trataré de impedir que le convirtais en regicida.